

venir á la córte, á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban. "No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay qué esperar en favores ni en dádivas; porque, con el gran Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió Su Majestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque, aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vé que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros, á debida ejecucion, el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes, hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta por que no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heróica resolucion del gran Filipo III, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal Don Bernardino de Velasco!—Una por una, yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo, á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer, en mi casa ó en un monasterio, y yo sé, que el señor visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver cómo yo negocio." El visorey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo, que en ninguna manera podia ni queria dejar á Doña Ana Félix; pero, teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de Don Antonio, y Ricote en casa del visorey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caida no le concedió que mas presto se pudiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos, al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la córte. Con esto, se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quijote, desarmado y de camino; Sancho, á pié, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona, volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: "¡Aquí fué Troya! aquí, mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura, para jamás levantarse." Oyendo lo cual Sancho, dijo: "Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si, cuando era gobernador, estaba alegre, agora, que soy escudero de á pié, no estoy triste; porque he oido decir, que esta que llaman por ahí *fortuna*, es una mujer borracha y antojadiza, y, sobre todo, ciega; y así, no vé lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote; muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria; y así, me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que, al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin; hice lo que pude; derribáronme; y, aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora,

cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.—Señor, respondió Sancho: no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol, en lugar de un ahorcado, y, ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que, pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguese mis armas por trofeo, y al pié dellas, ó alrededor dellas, grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldan á prueba.—

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y, si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado.—Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, por que no se diga que, *á buen servicio, mal galardón*.—Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho; porque, segun opinion de discretos, *la culpa del asno, no se ha de echar á la albarda*: y pues deste suceso, vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las masedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas de lo justo." En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbese su camino; y al quinto día, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo: "Alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.—Sí diré, por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.—Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino que no pesa mas que cinco. Fué la condicion, que habian de correr una carrera de cien pasos, con pesos iguales; y, habiéndole preguntado al desafiador cómo se habia de igualar el peso, dijo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestras, y así, se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo.—¡Eso no! dijo á esta sazón Sancho, antes que Don Quijote respondiese; y á mí, que há pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito.—Responde en buen hora, dijo Don Quijote,

Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio." Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos alrededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: "Hermanos: lo que el gordo pide, no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque, si es verdad lo que se dice, que *el desafiado puede escoger las armas*, no es bien que este las escoja tales, que le impidan ni estorben el salir vencedor: y así, es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí, de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere; y desta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.—¡Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo! pero á buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas.—Lo mejor es que no corran, respondió otro, por que el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar mas que de paso." y así, dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado, así su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores, dijo: "Si el criado es tan discreto, ¡cuál debe ser el amo! ¡Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de córte: que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y, cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza!" Aquella noche, la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y otro día, siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié, el cual, como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y, abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo, con muestras de mucha alegría: "¡Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa!—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decís.—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos, el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez.—¡Válame Dios! dijo Don Quijote; ¿es posible, que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?—¡Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna! tan lacayo